

LA RESPONSABILIDAD DE LA IZQUIERDA

LOS partidos, los candidatos, han abordado esta nueva fase electoral —la municipal— con una cierta desgana. Con falta de medios económicos, porque las elecciones se llevaron mucho dinero. Y ocurre, cada vez más, que el dinero es vital en la política. Como en muchos otros aspectos de la vida pública y de la vida cultural, la clase social dominante ha encarecido los medios: es su terreno. Hacer teatro, hacer cine, editar un libro, un periódico o un semanario, son antes fenómenos económicos que culturales: hay que pasar por las aduanas del dinero para llegar al público. Sacar un diputado, un concejal, un alcalde, son fenómenos económicos. En realidad, los partidos políticos se inventaron para eso: para reunir la posibilidad económica de enfrentarse a otros grupos de poder que estaban designados por su propia riqueza; para que ciertas opciones de los menos afortunados pudieran constituirse, con la contribución de todos —la cotización— frente a los que lo tenían todo. La máquina de encarecer, de arrastrar la política al campo del dinero, no ha cesado de funcionar desde entonces. Los partidos son más caros que nunca: necesitan periódicos, semanarios, carteles, folletos, locales, funcionarios, expertos, abogados, espacios en los periódicos. No bastan las cotizaciones que han de tomarse —para los partidos de izquierda— sobre unos salarios ya escasos, ya esquilados. Ahora el Estado tiene que ayudarles. La mayor parte de las democracias subvencionan los partidos políticos, sufragan sus campañas electorales; algunos incluso pagan la oposición en el Parlamento. Es un progreso. Pero, ¿qué se paga por él? Siempre hay partidos ricos, partidos pobres. En España, un partido minoritario como CD ha gastado enormes cantidades de dinero en la propaganda del 1 de marzo; partidos más pobres, sustentados por otras clases sociales, no han podido hacerlo. La oposición de izquierdas se enfrenta con una maquinaria rica de la derecha, que ha heredado al Estado anterior. Ha heredado medios de comunicación, hombres adiestrados, reflejos de apoyo al poder constituido, medios de difusión. Caciques. En muchos pueblos, la candidatura de UCD se proclama prácticamente como sin elección, porque es una candidatura única, sólo necesita el 5 por 100 de sus votos; la izquierda no ha podido presentar ninguna, no apoyar ninguna. Desde la derecha hay hasta burlas sangrientas: "La izquierda quería precipitar las elecciones, y ahora se ve que ni siquiera tenía tiempo para prepararlas...". Es evidente, la izquierda lleva cuarenta años de retraso en la preparación para llegar al poder. Cuarenta años de estar asesinada, perseguida o exiliada, preparando solamente la posibilidad de que la llama sagrada de la democracia no se extinguiera; cuarenta años en los que la derecha ha preparado hombres en las Universidades, en el aprendizaje del poder desde el poder mismo, en la acumulación del dinero y de la fuerza. Con tal eficacia que cuando ha hecho falta reavivar la llama sagrada de la democracia es ella misma la que lo hace, y no otros: si todo es suyo, quiere que la democracia sea también suya.

PARECE que hasta es suya la izquierda: son ellos los que la han legalizado, los que la han permitido; ellos los que la dejan sentarse en el Parlamento y la van a dejar sentarse en algunos concejos. Ellos los que regalan espacio en su televisión y subvencionan a sus periódicos, ellos los que les re-

ciben en sus palacios. Ellos los que exhiben los pactos de la Moncloa, las sesiones a puerta cerrada, los acuerdos, las componendas, como un triunfo: como la creación de la oposición de la UCD. Ellos los que no necesitan definirse, porque son los de siempre, con sus trajes de salón y sus planchadoras a domicilio. Suyas son las urnas, los computadores, los teléfonos privados que adelantan o retrasan las comunicaciones de los resultados.

QUE le queda a la izquierda? Su dificultad de ser. Sus disputas internas que, cuando le convienen al poder, se azuzan: ahora les arrojarán unas nuevas elecciones, las sindicales, para dividir de nuevo UGT y Comisiones y, con ellas, a socialistas y comunistas, y a partidos menores: que se peleen mientras UCD construye la mayoría del Parlamento con sus afines, mientras distribuye los puestos de Gobierno, que a su vez distribuirán los de administración; y los de los concejos municipales, cuando llegue el momento, que a su vez



José Luis Álvarez, a la izquierda (de la foto) y Ramón Tamames, a la derecha (de la misma): dos concepciones o modelos opuestos para una misma Alcaldía.

distribuirán las contratas, los terrenos, las viviendas, los transportes, los subsidios, los impuestos, los cargos.

QUE le queda a la izquierda? Las miradas atónitas de sus electores. Y una especie de vacío. Una defensa propia, una vaguedad. Todavía dice Tierno Galván, para ser alcalde —o para quedarse en concejal— que no hará un Ayuntamiento socialista, que no serán posibles soluciones radicales, que ellos han aceptado un tipo de sociedad que admite "un tipo de mercado, la libre empresa, la acumulación de capital, etcétera: y vamos a cumplirla", que no se puede socializar nada, ni siquiera municipalizar; algo así dijo en televisión en las vísperas del 1 de marzo. Pero ni siquiera se lo aceptan. Está condenado a ser marxista, aunque no quiera: Suárez comparó el modelo de sociedad que querían los socialistas a la de los países



Tierno Galván, condenado a ser marxista, aunque no quiera.

del Este; Álvarez insiste ahora en que Tierno querrá aplicar los principios marxistas, "que nadie se llame a engaño"; Joaquín Garrigues denuncia a los socialistas por tener "una bandera socialdemócrata de cara a la opinión pública y otra marxista de cara a sus bases".

SIN dinero, pero también sin identidad, también sin fuerzas, los partidos de izquierda abordan estas elecciones municipales con propaganda prefabricada, con cartelones de imágenes personales, con desgana, con fastidio. Desmoralizados por lo que les pasó en las elecciones del 1 de marzo; aplastados por el complejo de inferioridad que van sufriendo siglos tras siglo.

AUN así, los desheredados les van a votar. Los vecinos sin agua y sin aceras, los periféricos sin caminos, los padres de hijos sin escuela, los pueblos sin electricidad —si el cacique se lo permite—, los que pasan horas al día agotados por un escaso sueño o por una jornada de trabajo agotadora, esperando los medios de transporte o abarrotados en él, los multados por dejar su coche de cualquier manera cuando llega la hora de fichar y no encuentran aparcamiento: les van a votar para que transformen esta sociedad que les asfixia, que no les deja vivir. Las gentes para quienes, probablemente, el abandono del marxismo o del leninismo tiene tan poco sentido, a estas alturas, como la dedicación al marxismo o al leninismo. Porque lo que sienten son problemas vivos en su propia carne.

CON Alcaldías o sin ellas, con muchos o con pocos puestos de concejales, como con minoría en las Cámaras, los que han recibido estos votos, incluso aquellos a quienes los votos ni siquiera les han servido para tener un escaño o un puesto de concejal, tiene la enorme responsabilidad de saber lo que hay tras ellos. Una carga de esperanzas de dignidad, de subsistencia, de libertad, de los que hoy es la izquierda la depositaria. ■

ESPERANDO A GODOT

PERSONALMENTE, tengo confianza en el año 2000. Como todos los de mi generación: vamos a estar fuera. O quizá de tal modo caquéticos que no nos enteraremos de nada. Sería desagradable tener que buscar las gruesas gafas y ajustar bien el sonotone para enterarnos del Segundo Advenimiento mientras preguntamos a nuestro alrededor "¿Qué está pasando ahora?". Quizá la televisión lo transmita, vía satélite y si no hay fallos técnicos.

Hay mucha gente que está preocupada y, sin duda, esperanzada por lo que parece ser una misteriosa profecía de Wojtyła en su primera encíclica —"Redentor hominis"— acerca de algo que pasará en el año 2000. San Agustín, San Jerónimo y otros padres creyeron que esto iba a suceder en el año 1000. Fue lo que se llamó "milenarismo". El nuevo milenarismo, el bimilenarismo puede tener algún arraigo en la fantasía popular a poco que se interpreten las escrituras de Daniel y el Apocalipsis. Los Cuatro Caballeros andan sueltos. Quizá uno de ellos sea Brzezinski, tal vez otro sea el "ayatollah". En el fondo, la bomba nuclear...

Siendo escasamente personal mi preocupación por lo que pueda suceder el año 2000, puedo dedicarla toda entera a sufrir por la posible aparición del Redentor en esa fecha —"aun respetando todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica", como dice la Encíclica—; no sé lo que los hombres pueden hacer con El esta vez. En la paremiología castellana, tan realista, se justifican las desgracias que le suceden al bueno con la frase: "por meterse a Redentor". Lo que le sucedió la primera vez fue espantoso. La naturaleza humana no ha mejorado mucho desde entonces: ha mejorado la descripción de la buena conciencia, la exaltación verbal y escrita de la bondad. Pero las torturas, los campos de concentración, las opresiones psicológicas, las penas de muerte, los castigos corporales son noticias de cada día. Podría ser víctima de la censura, o de la deformación de sus palabras; podría ser encerrado en un calabozo, a nada que perjudicase la distribución del petróleo —si es que queda todavía para esa fecha— o que se manifestase contra la energía nuclear.

Yo veo redentores todos los días. Algunos tienen profundas moraduras por pelotas de goma o por golpes de porra y de cadena; otros son asesinados al salir de sus casas. Algunos no consiguen más que ser candidatos a alcalde, y se quedarán en concejales, lo cual no deja de ser una forma de castigo. Hay pequeños redentores diseminados por el mundo: no suelen tener suerte. Me temo que el gran Redentor, el Único —"uno de los millones y, al mismo tiempo, único" (Encíclica)— va a llevar muy mala vida en este mundo.

Quizá le ayude Amnesty International, quizá haya un manifiesto de intelectuales —laicos, algunos ateos— para salvarle de alguna prisión o de la pena de muerte. Quizá, escarnio de los escarnios, lleguen a darle el Premio Nobel de la Paz, en la misma lista en que ya están Kissinger, Sadat y Begin.

No, yo no querría que viniese. Por él. Querría ser capaz de una oración para convencerle de que no merece la pena. Quizá en otra estrella de otra galaxia este todavía a tiempo. Aquí, por el momento, nos conformamos con el Papa Wojtyła y con el "ayatollah" Jomeini. No merecemos mucho más. ■

POZUELO